

BOLIVIA 52 Y CUBA 59 – UN ANÁLISIS COMPARATIVO DE DOS DE LOS PROCESOS REVOLUCIONARIOS MÁS IMPORTANTES DEL SIGLO XX EN AMÉRICA LATINA

Rodrigo Santaella Gonçalves¹

RESUMEN

Las revoluciones cubana y boliviana en los años 50 ejercieron, de una forma o de otra, gran influencia en el futuro político de esos dos países latinoamericanos. En el presente artículo se pretende analizar los dos contextos revolucionarios, sus semejanzas y diferencias, de manera que nos permita entender porque fueron tomados caminos tan distintos. Igualmente, se pretende establecer una conexión entre este análisis comparativo y la realidad actual latinoamericana, especialmente la de estos dos países.

Palabras clave: Revolución, Cuba, Bolivia, América Latina.

INTRODUCCIÓN

Cuando se habla de historia, es siempre muy interesante y constructivo buscar temas que sirvan de aporte para reflexiones relevantes sobre la actualidad. La historia social latinoamericana está repleta de estos temas. Muchos de los problemas que tenemos en el continente, de las angustias por las cuales pasamos diariamente y mucho de todo lo que pasa con nuestras poblaciones son consecuencias directas de algunos procesos históricos vividos en América Latina, desde su colonización hasta este principio de siglo XXI. La verdad es que las conexiones entre los hechos son, innumerables veces, demasiado claras en la historia de nuestro continente; y eso es, quizás, lo que hace tan apasionante y movilizante el estudio del pasado latinoamericano. Además, comparto la idea de que el conocimiento de la historia es esencial para la comprensión de lo que pasa en el presente, y consecuentemente para los posibles intentos de cambiar la realidad.

La revolución cubana de 1959 y la llamada revolución boliviana de 1952 son dos ejemplos muy claros de hechos históricos que todavía están muy latentes en la actualidad. Tanto Bolivia, con su historia llena de problemas, golpes y revueltas, como Cuba, la pequeña isla que

¹ O autor é estudante da Licenciatura em Ciências Sociais na Universidade Federal do Ceará. Neste momento cursa disciplinas, em nível de intercâmbio, na *Universidad de La Plata*, na Argentina. É integrante do NEPALC (Núcleo de Estudos e Pesquisas Sobre América Latina e Caribe, do Departamento de História da UFC).

resiste en la boca del imperio, son actualmente asunto de discusiones no sólo en todo el continente americano, sino que en todo el planeta. Con el cambio de gobierno en Cuba, generando expectativas en todo el mundo con relación al futuro de la isla, y por otro lado, con la llegada de Evo Morales a la presidencia de Bolivia en 2006, que pone a este país en la zona de los que participan del llamado “giro a la izquierda latinoamericano”, Cuba y Bolivia, dos países que podrían ser apenas dos más, hoy despiertan el interés de muchos y, principalmente, molestan a muchos pertenecientes a los grupos hegemónicos en el mundo.

Es sabido que las revoluciones cubana y boliviana (y la cubana de forma mucho más obvia) tienen enorme influencia en las posiciones políticas de los gobiernos de esos países actualmente, en quienes son los que gobiernan esos países y, en fin, en la vida que se lleva en ellos. Es desde esa perspectiva, por lo tanto, que en este trabajo se pretende estudiar, de manera comparativa, los dos procesos revolucionarios, evidenciando algunas de sus semejanzas y diferencias, además de apuntar posibles causas para que los destinos de las revoluciones hayan sido tan distintos.

1. ANTECEDENTES DE LAS REVOLUCIONES

Es muy importante para la comprensión de los procesos revolucionarios entender el contexto en el cuál se dieron los mismos. En este sentido, intentaré mostrar los antecedentes políticos y sociales más importantes de las dos revoluciones estudiadas, lo que hubo de común en los dos contextos anteriores a las mismas y las diferencias entre ambos.

Bolivia:

Para analizar los antecedentes de la Revolución Boliviana de 1952 se podría empezar desde muy atrás, basándose en la larga historia de inestabilidad política de ese país, en donde desde la independencia (1825) hubo nada menos que 189 golpes de Estado. Esta inestabilidad política y la clara debilidad de las instituciones parecen haber contribuido mucho para las pésimas condiciones de vida en que se hallaba la gran mayoría de la población boliviana a principio de los años 50 del siglo XX, además de la fuerte polarización de clases y de etnia, sustentada en la desequilibrada posesión de las tierras. Empero, por cuestiones pragmáticas, en este trabajo el análisis de los antecedentes del proceso revolucionario boliviano va a limitarse al período posterior a la Guerra del Chaco.

Esta Guerra (1932-1935) proporcionó la tercera derrota internacional con pérdida de territorio en la historia de Bolivia. Después de la crisis mundial de 1929 y sus consecuencias en el país, era incontestable la responsabilidad de la oligarquía minero-estannífera/terrateniente, que estaba en el poder desde el inicio del siglo XX. El conflicto contra Paraguay, por lo tanto,

fue “un intento desesperado de la oligarquía de mantenerse a la altura de la imagen que tenía de sí misma y borrar la pesadilla de un país en quiebra y sitiado por el populacho.”¹ La guerra, entonces, dio un perfil sociopolítico a una crisis que ya existía en el campo económico.² Además, el confronto representaba claros intereses de las compañías extranjeras Standard Oil (EE.UU.), por el lado de Bolivia, y Royal Dutch Shell (Inglaterra y Holanda), por el lado de Paraguay.³

La guerra, en todos los sentidos, fue un desastre para las elites que la buscaron. El intento de la elite oligárquica boliviana de consolidarse en el poder falló completamente: las pérdidas humanas fueron enormes y, como si eso no bastara, hubo la pérdida del territorio, una más en la historia boliviana. Sin embargo, no solamente consecuencias negativas vinieron de esta guerra falsa y construida totalmente al margen de los intereses nacionales. De la derrota – que puede decirse que fue el único factor verdaderamente nacional de la guerra – surgió un sentimiento nacional mucho más fuerte en la población. “El prolongado contacto entre combatientes rurales aymara y quechua y reclutas de origen urbano, la mezcla de gentes de todas las regiones del país en la obligada democracia de las trincheras reforzaron una aguda conciencia crítica respecto a los problemas no resueltos del país y alimentaron la conciencia indigenista de ciertas capas de criollaje urbano”.⁴ Este sentimiento nacional formado en el pueblo boliviano, que también vino acompañado de una gran tomada de conciencia de los indígenas (aunque estos no estuvieran todavía tan organizados como actualmente), es seguramente una de las más importantes semillas de la insurrección de 1952.

Después de la Guerra, ya con el pueblo más conciente y muy insatisfecho, todos los partidos políticos empezaron a hablar de socialismo. Con el oportunismo de siempre, la “elite opositora” empezó a actuar con el apoyo de la población indignada: el presidente Salamanca fue depuesto, y pronto su vicepresidente siguió el mismo camino. El coronel David Toro asumió el poder, hablando también de socialismo, pero haciendo, como casi siempre, un intento de llevar la revolución que estaba latente en las masas hacia una vía muerta.⁵ Cuando quedó claro que las intenciones de Toro no eran las anunciadas por él en el principio de su mandato, con un nuevo golpe de Estado, Germán Busch asume la presidencia del país. Con un discurso también nacionalista y socialista, y con una postura aparentemente más verdadera que su antecesor, Busch siguió en el cargo hasta agosto de 1939, cuando no resistiendo a las presiones internas de la oligarquía formadora del Superestado minero y externas del imperialismo *angloyanqui*, se suicidó, dejando expuesta toda la ingenuidad del nacionalismo boliviano de esta fase. Es importante decir que en este periodo, debido a la presión generada por la insatisfacción popular, se dieron algunos avances, como la liberación para la creación de partidos políticos y el proceso de sindicalización minera y campesina.

Después del suicidio de Busch, retorna al poder la oligarquía, representada por el gobierno conservador de Quintanilla. En los 40, con la insatisfacción popular creciente, surgen diversos partidos políticos, como el POR, trotskista, el PIR, estalinista, y el MNR, formado por camadas medias urbanas, algunas incluso de orientación fascista.⁶ Pocos años después de su fundación en 1941, el MNR, aliado a un grupo de jóvenes militares (RADEPA) comanda otro golpe de Estado, sacando a Castillo (sucesor de Quintanilla) y poniendo en la Presidencia al Coronel Villarroel, en 1944. Con un gobierno débil, de orientación fascista, y por eso presionado tanto por la derecha cuanto por la izquierda, Villarroel fue sacado del Palacio de la presidencia por una multitud enfurecida en 1946.

Después de este periodo, siguió la inestabilidad política, habiendo cuatro presidentes entre 1946 y 1951. En esos cinco años de continua inestabilidad, los conservadores mostraron clara incapacidad de gobernar el país, generando el resultado de las elecciones de 1951, en las cuales el candidato del MNR Paz Estensoro fue electo presidente. Es importante aclarar que hubo un cambio en las concepciones políticas del MNR – no necesariamente un cambio sincero, sino un cambio estratégico para ganar el apoyo de las masas. Después de la aprobación de la Tesis de Pulacayo (importante documento, con concepciones trotskistas, del movimiento obrero boliviano), el POR parecía ser el partido que más representaba los intereses de las mayorías, pero no consiguió poner en práctica las consignas de su tesis. El MNR, aprovechándose de esta situación, se fue acercando de esas consignas y demagógicamente ganó el apoyo de la población boliviana, que eligió su candidato a la presidencia de la república con un programa de modernización capitalista, nacionalización de las minas, reforma agraria y voto universal. Sin embargo, ni bien asumió el Presidente, cuando las oligarquías organizaron una Junta Militar y lo echaron del poder, asumiendo el general Hugo Ballivan. Eso fue demasiado para la población boliviana: era tiempo de revolución.

Cuba:

La revolución cubana, para que sea entendida en toda su complejidad, debe ser analizada a partir de antecedentes que empiezan con la tardía independencia de la isla, en 1898. La independencia de Cuba, ya en las puertas del siglo XX, vino como consecuencia de procesos sociales ya modernos y por eso ha creado un sentimiento nacional muy fuerte. Además de eso, el pensamiento de José Martí y el proceso mismo de la independencia ejercen clara influencia en el movimiento 26 de Julio (M-26-7) y sus consignas. De hecho, esa continuidad histórica es una característica muy fuerte de la Revolución Cubana. El M-26-7, en el periodo de la revolución, tenía como época de referencia, además de la independencia, el periodo de la lucha contra el dictador Gerardo Machado.⁷

Gerardo Machado fue un típico dictador centroamericano. Una fuerte dependencia de los EEUU, el ejercicio militar del aparato estatal y un país en donde las clases dominantes eran incapaces de dirigirlo caracterizaron el período de su dictadura, que duró de 1925 a 1933. Por la fuerte dependencia externa que caracterizaba el régimen cubano, la crisis internacional del 1929 afectó demasiado la isla, y consecuentemente el gobierno de Machado.

Con la crisis en marcha y como es típico de estas situaciones, los empresarios pasaron a contestar la dictadura. El momento era propicio para la resistencia, y los movimientos más importantes venían del Directorio Estudiantil Universitario (DEU) y del movimiento obrero – pequeño pero muy organizado –, principalmente con los trabajadores del tabaco. Líderes de masa importantes como Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, del Partido Comunista, y Antonio Guiteras, este más burócrata, del DEU, son expresiones claras de lo que fue la generación revolucionaria de los años 30 en Cuba. Las reivindicaciones populares, sumadas a la lucha obrera, produjeron una fuerte reacción de Machado, que desencadenó una dura represión. El dictador, en 1930, afirmó que en Cuba no habría huelga que durara más que 24 horas. Después de eso, los hechos hablaron por sí mismos: una huelga general paró todo el país en el mismo año, hubieron algunas otras más pequeñas y una enorme en 1933, siempre con carácter antimachadista. Como es esperado siempre que se anuncia una tragedia irreversible en sus dominios, EEUU y la Iglesia de pronto anunciaron que retiraban sus respectivos apoyos al dictador. “En esas condiciones, Machado sería derribado el 12 de agosto por un movimiento de masas incontenible”.⁸

A Machado lo siguió Céspedes, un presidente débil y ambiguo, que no satisfacía a nadie y fue prontamente expulsado por el llamado “movimiento de los sargentos”, del cual participaba Fulgencio Batista. Desde ese movimiento, asumió el poder una pentarquía liderada por Grau San Martín y Batista. El gobierno de Grau San Martín era también de posición intermedia entre los sectores del viejo bloque de dominación y los grupos revolucionarios y, por lo tanto, tampoco agradaba a nadie. En este período, Guiteras – que por el carácter ambiguo del gobierno tenía su espacio garantizado – desde adentro del Estado, logró hacer muchas reformas que por su radicalismo generaban temor en los EEUU y en parte de la población cubana. Con un gobierno tan dividido y cercado, no pudo resistir Grau San Martín. Con su caída, asumió Mendieta, ya al mando de Batista. El nuevo presidente hizo un gobierno de contrarrevolución, eliminando a los pocos todo lo que quedaba del machadismo, pero a la vez todo lo que había hecho Guiteras, como si estuviera haciendo todo el trabajo “sucio” para Batista. El intento de reconstruir el bloque tradicional de dominación, mezclado a la necesidad de hacer alianzas, generó una coyuntura parecida a la que antecedió a la caída de Machado: los obreros urbanos y rurales organizados, sumados al PRC, partido fundado por Grau San Martín, lograron hacer una

huelga general. A partir de este momento la dictadura pasó a ser más administrativa, incluso permitiendo muchas aperturas, como la Constitución “virgen” de 1940, la más democrática de la historia cubana, pero que nunca fue aplicada en la realidad. En este contexto, con la dictadura cediendo, vino el regalo de Moscú a Batista: el Partido Comunista, ensimismado y lejano de la realidad, empezó a apoyar la dictadura cubana, por su carácter “antifascista”.

Después del período Mendieta-Batista, vino la democracia, que duró de 1944 hasta 1952, con Grau San Martín y Prío Socarrás, los dos por el PRC. En este período se dio la modernización de la dependencia cubana, ya que los EEUU pasaron, debido a las tendencias de la economía mundial, a preferir las inversiones en la industria que las agrícolas. Como en Cuba no existía una burguesía nacional, eso generó una redefinición de fuerzas dentro del sistema tradicional de dominación cubano. En este contexto, San Martín y Socarrás servían de mediadores y, como siempre, no agradaban a ninguno de los lados. Para mantener el gobierno y la gobernabilidad, era necesario actuar muchas veces por fuera de las instituciones, a través de acuerdos con los diversos grupos de intereses. Esa situación extraña e inestable generó muchas acusaciones de corrupción en el gobierno, que algún tiempo después serían usadas por Batista como excusas para el golpe del 52.

La principal línea legal de oposición al gobierno corrupto del PRC vino del propio gobierno, en la figura de Eduardo Chibás. Este fundó el Partido Ortodoxo (PO), en busca de mantener las tradiciones revolucionarias de 1933 y el gaiterrismo. El PO tenía el apoyo de muchos estudiantes universitarios, incluso de un estudiante de derecho, que ya se destacaba en la política: Fidel Alejandro Castro Ruz. Chibás, después de haber acusado a otro político famoso de corrupción pero sin conseguir obtener las pruebas que esperaba, anunció su inminente suicidio en vivo en su programa de radio, y lo ejecutó ahí mismo. El hecho generó un verdadero drama nacional y la población, sorprendida y conmovida, elogió mucho la honestidad demostrada por Chibás. En este entonces, era más que claro que el PO, con un programa de izquierda, ganaría las elecciones de 1952 y, por eso, en el famoso “madrugazo”, Batista lideró un golpe militar y asumió el poder en Cuba.

El movimiento estudiantil, principalmente el vinculado a la Ortodoxia, se puso prontamente en contra del golpe y de la posterior dictadura, basándose en 3 premisas principales: restaurar las antiguas libertades democráticas, diferenciarse del PRC (ahora llamado Partido Auténtico) y la urgencia de recurrir a las armas para hacer la revolución. El 26 de julio de 53, siguiendo la tradición de la independencia y la de Gaiterras, un grupo, en su mayoría compuesto por la clase media y obreros, liderado por Fidel Castro, intentó invadir el cuartel de Moncada, en un plan en el cual los asaltantes creían que culminaría con una insurrección popular, por la insatisfacción mostrada en contra de la dictadura. Sin embargo, el asalto no tuvo

éxito y Castro fue arrestado, lo que no permitió saber si el pueblo tenía verdaderamente un sentimiento de insatisfacción a punto de lograr hacer una revolución, o sea, si el plan culminaría de hecho en una insurrección popular. Después de este hecho, fue formado el Movimiento 26 de Julio, una mezcla de partido político, movimiento social y frente popular, basado en las tradiciones revolucionarias cubanas: la ideología martiana, la generación de 30 y el chibasismo de los 40⁹. Con el surgimiento de este movimiento, en 1954, se puede decir que empieza el proceso revolucionario cubano.

Lo que se puede observar es que los dos contextos anteriores a las revoluciones están constituídos de dictaduras militares, siendo los dos países muy dependientes externamente y por eso muy inestables políticamente. Asimismo, es de fácil percepción la incompetencia de las elites para manejarse en el gobierno de ambos países. Se nota que los problemas de ellos solían ser los comunes a casi todos los países latinoamericanos en el siglo XX, pero llevados a consecuencias extremas, lo que puede ser una de las explicaciones para el hecho de que ahí en estos países haya habido revoluciones en esta época, mientras en los demás no.

Además, es importante notar que antes de los procesos revolucionarios hubo, en ambos casos, el surgimiento, a partir de hechos concretos y no tan lejanos temporalmente de las revoluciones, de un sentimiento de unidad nacional muy fuerte. En el caso cubano lo que sirvió como catalizador para el surgimiento de tal sentimiento fue el proceso de lucha por la independencia, mientras en el caso de Bolivia fue la Guerra del Chaco. Igualmente, es también un factor común de ambos procesos el hecho de que el período anterior a las revoluciones fue repleto de gobiernos débiles y ambiguos – Céspedes, San Matrán, Socorrás, en Cuba y principalmente Villarroel en Bolivia – que muchas veces ofrecían esperanzas, pero nunca las suplían.

Es interesante notar como a pesar de tantas similitudes entre los contextos políticos de los dos países, los destinos de sus revoluciones hayan sido tan distintos. Eso puede ser explicado principalmente a partir de las diferencias entre los dos procesos revolucionarios, pero una diferencia en los antecedentes puede empezar a aclarar las cosas. En Bolivia, las masas estaban hartas de la inestabilidad institucional, la explotación continua, las guerras “falsas”, y de todo más lo que permitió a Abadie-Aicardi afirmar que “Bolivia es seguramente el país donde más intensamente se han combinado una serie de factores negativos, agudamente opuestos a todo esfuerzo tendiente a desenvolver una sociedad y una economía equilibradas”¹⁰. Este contexto hizo con que la insurrección en este país haya sido repentina, y mucho menos planeada de lo

que fue en Cuba. Esto generó diferencias grandes en los procesos revolucionarios, que generarían diferencias aún mayores en los destinos de los dos países.

2. LOS PROCESOS REVOLUCIONARIOS

Entender las diferencias entre los procesos revolucionarios cubano y boliviano es fundamental para la comprensión de los diferentes rumbos que tomaron estos países en el período post-revolución. Mientras que en Bolivia la población misma fue la principal actora de la revolución, en Cuba un movimiento social/político se preparó para hacerse cargo del proceso revolucionario.

Ni bien se dio el golpe de 1951, empezó a organizarse un intento de golpe interno en Bolivia. En este proceso, el Ministro de Gobierno de la Junta Militar en el poder presidida por el General Ballivián, Antonio Seleme, que pretendía tornarse el nuevo presidente, distribuyó armas al MNR. Pronto el MNR les dio armas a la población, que pasó a organizarse en milicias campesinas y operarias: de ahí para la insurrección fue un pasito. Con la fuerte represión del ejército del gobierno, y con la no adhesión de la mayoría de este a la causa golpista, en un dado momento del conflicto Seleme creyó que estaba todo perdido y ordenó la retirada de los rebeldes, mientras huía para la embajada de Chile. La población boliviana, sin embargo, no peleaba por un simple cambio de gobierno, no peleaba por cargos políticos, sino que peleaba por su liberación, peleaba porque explotaba en la gente el sentimiento de revuelta generado por años de explotación y manipulación. Por todos esos motivos, el pueblo boliviano, formado por obreros, mineros, campesinos y también parte de la pequeña burguesía, se mantuvo en lucha. Acaudilladas por el proletariado, organizado e indignado, del 9 al 11 de abril de 1952, las masas bolivianas transformaron lo que sería un golpe más en la historia del país en una insurrección victoriosa, al derrotar al ejército burgués y concentrar en sus manos todo el poder.¹¹

En Cuba la situación fue distinta. El recién fundado M-26-7 se organizaba para servir como catalizador de una insurrección popular, como quedó bastante claro con el desembarco del Granma en 1956. En el contexto cubano de este entonces, había otras organizaciones revolucionarias, algunas parecidas con el M-26-7, como era, por ejemplo, el caso del nuevo Directorio, en el ámbito estudiantil. Fue justamente a partir de la existencia de tales organizaciones revolucionarias y de las relaciones de estas con el M-26-7, que se empezó a notar el talento político de Fidel Castro: a través del Manifiesto de la Sierra, el líder revolucionario intentó proporcionar la unidad entre las varias organizaciones rebeldes en Cuba y logró, en este sentido, muchos avances. Después, con todo, por las aparentes señales de éxito del M-26-7, el movimiento pasó a dar más énfasis a sus principios (antiimperialistas y democráticos) que a la unidad.

El movimiento todavía creía en la necesidad de una huelga general insurreccional, y la confianza adquirida por los éxitos sumada a la revuelta generada en los obreros por el asesinato de Frank País hizo parecer posible tal situación. La convocatoria de la huelga para el día 9 de abril de 58 y su casi completo fracaso, hizo el M-26-7 darse cuenta de que tendría que ser él mismo el sujeto de la lucha, y no más funcionar como un simple instrumento. De la huelga de masas con apoyo militar, el plan pasó a ser la guerra militar con apoyo de las masas: se hacía necesario vencer la guerra para después incorporar las masas.¹² Con el fracaso de la huelga general, Batista intensificó los ataques a los rebeldes y fueron trabados combates y batallas durísimas en las montañas. Con líderes brillantes como el Che Guevara, Camilo Cienfuegos, Raúl Castro y el propio Fidel, los rebeldes, que a los poquitos ganaron el apoyo de los campesinos y del pueblo en general, vencieron batallas decisivas. El 1 de enero de 1959, con total apoyo popular, el M-26-7 asume oficialmente el poder en Cuba y Fulgencio Batista abandona la isla para nunca más volver. Empezaba una nueva fase en la historia cubana.

Se puede notar una diferencia muy clara entre los dos procesos estudiados. Mientras en Bolivia la acción revolucionaria se dio de manera más espontánea, generada por un sentimiento incontrolable de enojo y revuelta, en Cuba los hechos hicieron con que el proceso fuera más pensado y más lento. En Bolivia, el pueblo no tenía un plan acabado de lo que iba a ser la revolución, no se sabía lo que iba a pasar después; simplemente se fue a la lucha por no soportar más el estado de cosas impuesto por el régimen oligárquico.¹³ Este plan post-conflicto lo tenía el MNR y el general Seleme, pero los hechos hicieron con que ellos no fueran los sujetos de la revolución.

Por todo eso, al final de la revolución boliviana, el pueblo, aunque todavía armado y con mucha capacidad de presión, cedió el poder al MNR y volvió Paz Estensoro, el presidente electo en 1951. Sin embargo, en Cuba el sujeto mismo de la revolución – el M-26-7 – asumió el poder de la isla y una serie de hechos siguientes hicieron con que el destino de ésta revolución fuera muy distinto de la anterior, haciendo con que una pequeña isla caribeña convencional pasara a ser motivo de discusiones, peleas e inspiración por los más distintos rincones del mundo, mientras el país sudamericano de mayoría indígena pasaba por algunos avances en forma de reformas pero que a poco creaba las condiciones para muchos retrocesos.

3. CAMINOS SEGUIDOS EN LA ETAPA POSREVOLUCIONARIA

El pueblo boliviano, después de la heroica lucha de 3 días, había tomado el poder a través de las armas, pero no tenía un plan de lo que hacer con él. La opción obvia era entregarlo institucionalmente al MNR, con el regreso de Paz Estensoro, y intentar mantenerlo a través de la capacidad de presión que tenía sobre el gobierno. Teniendo armas el pueblo, con el proletariado

y los campesinos organizados en milicias, y el poder institucional el MNR, fue necesario un pacto entre el gobierno y las masas revolucionarias. En 17 de abril de 52 fue creada la Central Obrera Boliviana (COB), que representaba las milicias obreras en el gobierno de Estensoro.

El hecho de que la población revolucionaria todavía tenía las armas y estaba organizada en milicias, es decir, la capacidad de presión de las masas, hizo con que el gobierno fuera obligado a hacer algunas reformas importantes pero que, a la vez, terminaron siendo muy limitadas. La reforma agraria, que tuvo muchas falencias, la creación del voto universal y los procesos de nacionalización de las empresas de estaño sirvieron más como tranquilizador de los ánimos populares en el corto plazo que como factores de cambio profundo de la realidad social de la mayoría de la población. La verdad es que las reformas, promovidas por un gobierno cada vez más alejado de las ideas revolucionarias, hicieron con que Bolivia pasara de la situación de un estado oligárquico atrasado para la de un estado capitalista dependiente, hecho que no cambiaba profundamente la realidad del pueblo boliviano, sino que adecuaba el país para la explotación capitalista contemporánea. Fueron mucho más reformas modernizadoras en el sentido capitalista que reformas revolucionarias.¹⁴

A los pocos, por lo tanto, el dualismo del poder en Bolivia se fue decidiendo a favor del MNR, mientras el COB y las milicias tenían cada vez menos influencia. A partir de 1953 el ejército empezó a jerarquizarse nuevamente, el COB pasó a tener menos influencia y no había ningún partido revolucionario que pudiera cambiar esta realidad, pues el POR ya había perdido toda su sustentación política¹⁵. Con ésta realidad, lo que quedó de la revolución boliviana fue nada más que su legado y las modestas (cuando uno compara con las necesidades de las mayorías bolivianas) reformas modernizadoras. El camino estaba abierto para la contrarrevolución del MNR, que, después de más inestabilidad política, dictaduras militares y largo sufrimiento para las masas, culminaría con el neoliberalismo, sistema implantado en casi todos los países latinoamericanos en los 80.

El neoliberalismo no fue implantado en todos los países latinoamericanos porque Cuba, por una serie de factores y diferencias en relación al proceso boliviano, pudo mantener su revolución, lo que impidió la penetración del ajuste neoliberal en la isla. La primera y destacada diferencia es que en Cuba, los revolucionarios mismos asumieron el poder y las reformas fueron hechas, por lo tanto, no para calmar los ánimos revolucionarios, sino por los mismos ánimos que habían logrado hacer la revolución. Este hecho parece ser, sin dudas, muy importante para entender porque la revolución cubana pudo mantenerse mientras que la boliviana fue prontamente derrotada. Sin embargo, hay otras cuestiones esenciales para tenerse en cuenta en la comprensión del proceso revolucionario cubano.

La revolución, que tenía inicialmente carácter democrático y popular, pasó a tener también el carácter nacional después de la toma del poder. Las reformas hechas por el gobierno revolucionario, principalmente la agraria, iban directamente en contra de los intereses de EEUU, porque con el intuito de incluir las masas campesinas – que habían colaborado en gran parte para el éxito de la revolución – las tierras, que en grande cantidad pertenecían a los norteamericanos, eran nacionalizadas. Cuba, entonces, en un contexto mundial de Guerra Fría, pasaba a ser considerado un enemigo por EEUU, hecho que si todavía no hacía la revolución cubana socialista, ya significaba un primer paso en esta dirección.

Castro, en este entonces, todavía hablaba y actuaba en términos de modernización capitalista. Sus reformas, ya sea la primera reforma agraria de 1959, las reformas urbanas, aunque estas representaran un golpe en el capital especulativo (la ley de alquileres y la de los terrenos baldíos), o su intervención en los sindicatos para incluir los obreros en la revolución, se hacían más en términos de modernización nacionalista capitalista que de emancipación socialista. No obstante, los capitalistas cubanos no parecían preparados para recibir tales reformas y, sintiéndose amenazados, empezaron a acusar Castro de comunista. La revolución cubana pasaba entonces a ser asociada por sus enemigos directamente al comunismo¹⁶. Estaba dado el segundo paso.

Las circunstancias expuestas, las semejanzas de combate contra el imperialismo y la Guerra Fría misma contribuyeron para el acercamiento de los comunistas de la Unión Soviética. Además de eso, el gobierno revolucionario cubano necesitaba una organización que el partido comunista podría ofrecer. Como si no bastara, en 1961 los EEUU intentan una fracasada intervención en la isla, juntamente con las oposiciones locales. En el mismo año la revolución cubana asume directamente que, a partir de este momento, tendría carácter socialista¹⁷.

La naciente faz socialista/comunista de la revolución cubana tuvo consecuencias directas en el continente. El proceso cubano ya encantaba la izquierda latinoamericana y mundial, con el acercamiento de los comunistas y el gobierno compartido entre el ejército rebelde y el Partido Comunista, empezó a hablarse de internacionalización de la revolución. Eso generó, por ejemplo, un cambio de la política norte-americana para todo el continente. Los “vecinos del norte” pasaron a dar más atención a los agitados contextos latinoamericanos y el uso de la teoría de la contra-insurrección por el presidente Kennedy, con inversiones en las fuerzas armadas nacionales, crearía muchas de las condiciones de surgimiento de las famosas dictaduras militares latinoamericanas¹⁸.

No se puede olvidar de dos factores más que, aunque no los profundizaré acá, parecen tener importancia en la determinación de las diferencias entre los destinos de las dos

revoluciones. El primer factor que puede haber tenido influencia sobre los procesos es el geográfico: mientras Cuba es un lugar abierto para el mundo, con mar por todos los lados, Bolivia está encerrada sin acceso al mar y sin muchas alternativas de contacto con el mundo, lo que crea una dependencia mucho más fuerte de este país con relación a otros países de economías más fuertes, como los EEUU, por ejemplo. El segundo tiene que ver con el hecho de que mientras en Cuba la mayoría de la población era negra, en Bolivia la mayoría era indígena. Eso puede haber pesado en contra de la revolución boliviana, pues como bien muestra Rodolfo Kusch¹⁹, el indígena americano tiene su propia filosofía, su manera *sui generis* de pensar y mirar los hechos y procesos a los cuales pertenece. Por lo tanto, no se puede pretender que el indígena mire a una revolución obrera-campesina - aunque los planteamientos los involucren indirectamente - como algo extremadamente importante, o que les permita mejores condiciones de vida. Es obvio que hubo participación indígena en los hechos de 1952, pero la falta de protagonismo de esta gran camada de la población en estos hechos seguramente perjudicó el futuro de la revolución. Mientras tanto, en Cuba la cuestión racial se acercó mucho de la cuestión de clase después de la proclamación de la república, lo que hizo con que Castro hablara ya en los primeros discursos cómo líder de la revolución que la discriminación racial sería un gran problema para esta, y que tenía que ser combatida²⁰. Los logros de la revolución – fundamentalmente una revolución clasista – atingieron entonces en gran parte a los negros, lo que acercó mucho la mayoría del pueblo a la revolución.

El camino seguido por la revolución cubana fue muy distinto del seguido por la boliviana. La isla caribeña ahora contaba con la ayuda de una de las dos potencias de un mundo totalmente bipolar e intentaba internacionalizar su revolución, con apoyo a intentos revolucionarios en América Latina y en África. Se puede hacer un paréntesis acá para acordarse de un momento en que los caminos de los dos países se encuentran trágicamente, en 1967. Como parte del intento cubano de internacionalizar la revolución, el legendario Che Guevara, en una campaña fracasada para reavivar la memoria revolucionaria del pueblo boliviano falleció en suelo boliviano, ocho años después de haber sido fundamental para la revolución cubana y quince años después de la más grande insurrección popular ya ocurrida en el continente, la revolución boliviana de 52.

La revolución cubana resistió y está todavía viva. Es cierto que no son pocas las falencias en los casi cincuenta años de gobierno revolucionario en Cuba, pero muchos de los éxitos son impresionantes. No se puede olvidar de que después de la caída de la Unión Soviética el país se quedó completamente aislado, teniendo que convivir con el bloqueo económico impuesto por la mayor potencia mundial – que ya dura 46 años. La revolución boliviana, como ya vimos, no tardó mucho para disolverse y el país andino pasó por todos los procesos de

explotación capitalistas típicos de la región en la segunda mitad del siglo XX, hasta llegar al neoliberalismo. Sin embargo, algunas de las semillas plantadas en el 52 parecen todavía dar frutos y la prueba de ello fue la elección de Evo Morales para presidente en 2005. Con muchos de los gobiernos latinoamericanos considerándose a sí mismos como de izquierda (aunque muchas veces esta ubicación política no se refleje en la realidad), parece crearse un contexto en el cual Cuba parece no estar más tan sola en el continente.

4. REFLEXIÓN FINAL

Las revoluciones en América Latina a lo largo de la historia muestran que siempre llega el momento en donde las masas del continente no aguantan más la explotación, la sumisión, y buscan un cambio en las hegemonías de sus respectivos países. La cubana y la boliviana son dos de los mejores ejemplos de esto. La primera con un régimen fuerte y que proporciona algunas restricciones, es verdad, pero también con un imprescindible apoyo de gran parte de las masas, camina para su 50° aniversario. En Bolivia, aunque la revolución no haya logrado mantenerse, el pueblo volvió a mostrar su insatisfacción, de esta vez basado mucho en las cuestiones étnicas, eligiendo por la primera vez un indígena, de un partido socialista, para la presidencia de la república: la correlación de fuerzas parece estar cambiando otra vez en el país andino.

Se puede decir, sin caer en una ingenuidad liviana, que las masas latinoamericanas pueden estar, aunque de distintas maneras y a partir de realidades distintas, mostrando que el tiempo de la pasividad se está terminando, una vez más, pero que en esta ocasión los cambios pasan por la vía democrática. Elecciones como las de Chávez, Morales, Correa y Ortega son muestras muy claras de lo anterior. Las últimas elecciones de Brasil y Argentina, aunque no sean clasificables en el mismo rol de las anteriores, también muestran la creciente insatisfacción popular con el régimen capitalista, que en las últimas décadas vistió la capa del neoliberalismo.

Parece claro que este es un momento decisivo para los destinos políticos del continente. A principios de este año de 2008, Fidel Castro renunció al gobierno de Cuba, después de 49 años a frente del comando de la isla. Su hermano Raúl Castro, también revolucionario, puede tener motivos para temer una intervención – aunque no directamente militar – de EEUU. La diferencia, y aquí entra el contexto continental, es que la isla no está más aislada políticamente. Venezuela, Bolivia y Ecuador en Sudamérica y Nicaragua en Centroamérica son seguramente países en donde el régimen cubano se puede apoyar en el caso de necesidad o en el caso de que los cambios en la isla vengán impuestos del exterior. Además, Brasil y Argentina, países muy importantes en las decisiones y en los rumbos políticos del continente, si no demuestran apoyo directo al socialismo cubano, afirman el derecho de Cuba a su autodeterminación, a escoger libremente el gobierno y el sistema político que su población estime conveniente.

La verdad es que después de muchos años de sumisión a EEUU y al capital extranjero, explotación intensa, aumento de las desigualdades sociales y de la pobreza relativa, algo pasa en el continente. Algo que no pasa en ningún lugar del mundo y algo que puede tornarse muy importante incluso a nivel mundial. Las relaciones entre sociedad civil y estado en algunos de los países latinoamericanos están cambiando profundamente y, no sin sus falencias – es bueno que se diga – estos nuevos modelos de socialismo mezclados con un nuevo tipo de populismo, parecen ser lo que hay de más plausible en la contestación del capitalismo de la forma que éste se está establecido en el mundo. Estos países – Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua – sin dudas, ahora pueden hacerle compañía a la isla caribeña en el que el escritor paquistaní Tariq Ali llamó, con mucho de optimismo pero sin demasiada ingenuidad, de “el eje de la esperanza”.

NOTAS

¹ CUSICANQUI, Silvia Rivera: *Apuntes para una historia de las luchas campesinas en Bolivia (1900-1978)*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1985, pp. 158.

² NETO, Canrobert Costa: *Políticas agrárias na Bolívia (1952-1979) – reforma ou revolução?*, Expressão Popular, São Paulo, 2005, pp. 95.

³ JUSTO, Liborio: *Bolivia: la revolución derrotada*, RyR, Buenos Aires, 2007, pp. 161.

⁴ CUSICANQUI, Silvia Rivera: *Id.*, pp.159.

⁵ JUSTO, Liborio: *Id.*, pp. 167.

⁶ Seintenfus, et al.: *A Bolivia no pêndulo da história: As lições de 1952 instruindo os projetos do século XXI*, Revista Nueva Sociedad, Nro 209, Mayo-Junio 2007, pp. 2.

⁷ MIREs, Fernando: *Cuba: entre Martí y las montañas*, Síntesis, Madrid, 1991, pp. 280.

⁸ *Id.*, *Ibid.*, pp. 288.

⁹ *Id.*, *Ibid.*, pp. 305.

¹⁰ ABADIE-AICARDI, Raúl Federico: *Economía y sociedad de Bolivia en el siglo XX*, Rio de La Plata, Montevideo, 1966.

¹¹ JUSTO, Liborio: *Id.*, pp. 237.

¹² MIREs, Fernando: *Id.*, pp. 313.

¹³ LORA, Guillermo: *La revolución boliviana*, in Justo, Liborio: *Bolivia, la revolución derrotada*, RyR, Buenos Aires, 2007, pp. 246.

¹⁴ MANSILLA, H.C.F.: *La revolución de 1952 en Bolivia: un intento reformista de modernización*. Revista de Estudios Políticos, num. 17, Nueva Época, Madrid, 1980, pp. 117-128.

¹⁵ NETO, Canrobert Costa: *Id.* pp. 105

¹⁶ MIREs, Fernando: *Id.*, pp. 323-327.

¹⁷ JUNIOR, Mario Martins Viana y Xavier, Patricia Pereira: *O processo revolucionário cubano e suas singularidades*. Revista Ameríndia, vol. 2, num. 2, 2006.

¹⁸ FILHO, João Roberto Martins: *Os Estados Unidos, a revolução cubana e a contra-insurreição*. Revista de Sociologia e Política, num. 12, ALyC, Curitiba, 1999, pp. 67-82.

¹⁹ KUSCH, Rodolfo: *El pensamiento indígena y popular en América*. Hachette, Buenos Aires, 1977.

²⁰ VELIA, Cecília Bobes: *Cuba y la cuestión racial*. Perfiles Latinoamericanos, enero-junio, año/vol. 5, n. 008, pp.115-139. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Mexico DF, 1996.